



Jordi Serrallonga

# Dioses con pies de barro

El desafío humano a las leyes  
de la naturaleza... y sus consecuencias

CRÍTICA

# DIOSES CON PIES DE BARRO

El desafío humano a las leyes de la naturaleza  
... y sus consecuencias

Jordi Serrallonga

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2020

*Dioses con pies de barro. El desafío humano a las leyes de la naturaleza...  
y sus consecuencias*

Jordi Serrallonga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Jordi Serrallonga Atset, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-254-7  
Depósito legal: B. 15.979-2020  
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industria Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## VIRUS Y ANIMALES INVISIBLES

A mediados de marzo de 2020, con el inicio del confinamiento al que nos abocó la pandemia del coronavirus, las redes sociales pronto se hicieron eco de una especie de rebelión con tintes orwellianos. Una invasión animal que parecía apoderarse de las calles de nuestros pueblos o ciudades, pero también de jardines, parques y playas. Al igual que los animales de Orwell inician su revolución expulsando a los humanos de la granja, sin mediar previo aviso, multitud de especies salvajes —muchas de ellas maltratadas por el *Homo sapiens*— ocuparon el espacio que, en esa carrera que llamamos progreso, les habíamos arrebatado. El responsable, otra entidad biológica, microscópica, invisible al ojo humano, que no anunció su presencia: un virus.

Hordas de jabalís, con nocturnidad y alevosía, se hicieron amos del centro de varias urbes, y grupos de delfines nadaban donde escasas semanas antes todavía proliferaban embarcaciones deportivas y barcos de gran tonelaje. Por supuesto que también abundaron falsas noticias, fotografías y vídeos, pero, aun así, estaba claro que la rebelión de miles de criaturas dibujó una metáfora visual imborrable: el confinamiento humano se traducía en libertad animal. Aquellas criaturas que, temerosas de la humanidad, permanecían ocultas en la invisibili-

dad, se hicieron cada vez más visibles: desde los pájaros silvestres, cuyo canto empezó a entonar una banda sonora que para muchos resultaba desconocida, hasta el puma que vieron deambular por la jungla de asfalto en Santiago de Chile.

#### EL REINO PERDIDO DEL PUMA

El puma. De expedición por el desierto de Atacama, en Chile, y el sur de Bolivia siempre busco vestigios de uno de los animales invisibles más majestuosos del planeta. Aunque es protagonista principal de diversas publicaciones y documentales especializados —gracias a la paciente labor de fotógrafos, realizadores y guías locales—, cerca de los lugares poblados, se trata de un felino escurridizo. Le va la vida en ello. El conflicto entre el puma y el humano viene de lejos. Los ganaderos ponen todo su empeño en la protección de sus rebaños de llamas y alpacas, y, como en las películas donde cuadrillas de aldeanos siempre marchan a la captura del hombre lobo, se aplicaron en dar caza al depredador.

Pasó el tiempo y el número de pumas descendió hasta cifras alarmantes. Solo le quedaba una escapatoria: hacerse invisible. Amparado en la noche, y gracias a su extraordinaria visión crepuscular, el *Kay Pacha* hoy abandona las montañas para, como un furtivo, esquivar disparos, trampas y perros guardianes; desesperado, atemorizado, busca algún camélido domesticado cerca de haciendas y poblados. Otrora, en la época de los incas, ostentó un trato de privilegio: fue el protector del mundo terrenal. Así, durante el *Tawantinsuyu*, cuando el Imperio inca se extendió por algunos de los territorios que hoy pertenecen a Perú, Ecuador, Bolivia, Chile, Argentina y Colombia, la cosmogonía andina vivía cercana a los animales. La tierra estaba dividida en tres niveles. Un mundo superior, o de las divinidades, representado por el cóndor *Hanan Pacha*. El ya citado mundo terrenal, o de los vivos, *Kay Pacha*; con el puma como estandarte. Y el mundo inferior, o de los muertos, *Uku Pacha*; donde la serpiente era el símbolo.

El puma de los incas, sinónimo de paciencia y sabiduría, unos días antes de la llegada del coronavirus a Sudamérica era tan solo un fantasma. En los valles encontré sus heces, y carcasas de las presas abatidas. Pero imposible sorprenderle. Ni tan siquiera los moradores de las fincas agrícolas, o los pastores, podían darme datos, pues tan solo daban con las huellas dibujadas en el fino sedimento arrastrado por los vientos de altura. En el desierto de Atacama, la médica de una amiga había visto uno en la carretera mientras circulaba con el «carro», pero desapareció como el rayo. Y en la zona del Tunupa —un volcán que protege las vastas extensiones del gran salar de Uyuni—, el pastor que me acompañaba por las faldas plagadas de restos arqueológicos confesó haber cometido una tontería; la misma que suele repetirse en varios puntos del *Tawantinsuyu* contemporáneo: quemar la vegetación endémica de las faldas de la montaña con el objeto de hacer huir al espectro de cuatro patas. En efecto, frustrado por no poder capturar al invisible nocturno que mataba a sus preciadas llamas, pensó que el fuego pondría fin al saqueo. Y sí, el incendio consiguió ahuyentar al puma, pero, en paralelo, incineró un patrimonio natural de extraordinario valor. Paradojas de la vida, la mala idea también acabó con su ganado. Asustadas, las llamas corrieron hacia unos muros de piedra, y allí quedaron arrinconadas hasta perecer asfixiadas y carbonizadas.

Los que crean que la naturaleza es un ente consciente, podrían pensar que mi cicerone en el volcán Tunupa había recibido un castigo merecido. Pero, aunque admirada y musa de infinitas reflexiones, los científicos consideramos a la naturaleza un sujeto de estudio, incapaz de tomar decisiones tan antrópicas como el hecho de clamar venganza. Es más, ¿acaso el pastor era el verdadero culpable? Desde instituciones y organizaciones afincadas a miles de kilómetros, en medio de las comodidades de la vida urbanita, es fácil señalar y acusar con el dedo al más débil, al que intenta sobrevivir en un medio plagado de dificultades; y nos olvidamos de una visión más amplia que nos permitiría entender por qué ocurren las cosas. Por ejemplo, asentamientos humanos cada vez más poblados e intensas actividades industriales como la minería, en manos de corporaciones extranjeras, han

hecho que la fauna salvaje que el puma cazaba haya prácticamente desaparecido: vicuñas, guanacos o ñandúes marcharon hacia otros territorios, y el desesperado felino se vio obligado a cambiar de hábitos. Cuando las culturas precolombinas florecieron en América, había preferido no atentar contra los intereses económicos de aquellos extraños primates bípedos: había sustento para todos. Un pacto no escrito que hubo de romper... vinieron otros humanos que se hicieron con sus dominios en el mundo terrenal.

He seguido buscando al puma en medio de parajes maravillosos. Y también huye de mi presencia. Escuchas historias parecidas en cualquier comunidad rural de la región. Ataca a los animales estabulados y a las aves de corral cuando está oscuro... nadie consigue distinguirlo, salvo encuentros fortuitos. Por lo tanto, ¿quién iba a vaticinar que daríamos con él en San Cristóbal? Procedente del norte de Chile, el vagabundo naturalista y arqueológico por el altiplano boliviano me condujo hasta una pequeña población famosa por su iglesia, y su curiosa historia. En efecto, la fundación original de San Cristóbal data de finales del siglo xvi, pero a diecisiete kilómetros del punto donde se haya ubicada en la actualidad. Una prospección minera, en la década de los noventa, descubrió que el subsuelo estaba repleto de filones de plata y la empresa responsable de la explotación pagó el traslado de todo el pueblo... incluida la iglesia. A semejanza del antiguo templo de Abu Simbel, en Egipto, fue desmontada, transportada piedra a piedra y remontada. Y es que en San Cristóbal conviven las creencias. Se siguen celebrando, entre otros muchos ritos paganos, las fiestas dedicadas a *Inti* (el Sol) y a la *Pachamama* (la Madre Tierra). Lejos de su vertiente espiritual, esto otorga a muchas culturas indígenas americanas una gran concienciación acerca de la naturaleza; quizá más próxima y real a la manifestada por la sociedad industrializada actual. La misma que, manteniendo a salvo sus propios intereses, adopta el papel de árbitro mundial en el momento de decidir qué se hace bien o mal con el medio que nos rodea. Y, efectivamente, aunque es muy mediático utilizar como chivo expiatorio a los aldeanos que, con una vida sin lujos y en un medio hostil, se ceban en el

puma, también debemos incluir a las multinacionales de capital europeo, norteamericano o asiático que actúan a mayor escala. ¿Algo irremediable? ¿Forma parte de nuestra evolución como especie?

Lo cierto es que, en una sociedad globalizada como la actual, nadie prescinde de su teléfono móvil, tableta electrónica, medio de transporte o confort. En un caso u otro, ya sea el pastor que quema la vegetación o la mina que modifica y contamina para siempre el paisaje, el puma es víctima del humano y su relación con el medio.

#### ENCUENTROS INESPERADOS

Arribamos a San Cristóbal a la hora del almuerzo... no se veía a nadie en la avenida principal que atraviesa el pueblo de nueva planta. El viento golpeaba duro y la radiación solar era intensa, por lo que buscamos cobijo en una pequeña posada. La propietaria y su familia pronto nos ofrecieron hospitalidad. Antes, en el patio donde estaban los aperos agrícolas, me quedé observando a los hijos e hijas de la mujer: entre risas y juegos, moldeaban figuras de mazapán para festejar con alegría y comida el Día de Muertos. Un sincretismo entre el catolicismo, representado por la iglesia en el centro de la plaza, y las ancestrales creencias paganas locales. Nada de aquello tuvo que ver con el deseado encuentro; estaba a punto de enfrentarme, cara a cara, con el puma. En efecto, al subir las escaleras, rodeado de adornos navideños —¿del año anterior o del año en curso?— topé de bruces con el deformado rostro de una hembra toscamente taxidermizada. Su cuerpo, asido con alambre, se exhibía en una de las paredes. Allí tenía al animal invisible.

El marido de la señora, tiempo antes, dio con el puma y lo abatió en los alrededores del municipio. A modo de nota antropológica en el cuaderno de campo, habría quedado genial escribir que, entre los ornamentos de Navidad, el puma estaba ahí para venerar la paciencia y sabiduría del *Kay Pacha* ancestral; pero hubiera sido una de esas exageraciones e invenciones en las que han caído aventureros y explora-



dores. Me sentí incapaz de especular sobre si, en aquel modesto hogar, la demacrada piel con relleno de lana y forma felina, estaba más cerca del respeto andino por el mundo terrenal que de la simple ostentación cinegética. De una manera u otra, equivalía al triunfo del ser humano tras conquistar el precario reino del puma. El humano parecía resultar siempre vencedor en todo pulso con la naturaleza.

La siguiente jornada detuvimos los vehículos 4×4 en medio del gran salar de Uyuni. La vasta extensión blanca es inabarcable para el observador que se encuentra en medio de este océano de sal, solo salpicado por islas de material volcánico y corales fósiles; podemos apreciarlo desde muy arriba, y el astronauta Neil Armstrong vislumbró esta mancha blanquecina durante su misión a bordo del *Apolo 11*. Conquistamos, en 1969, otro reino esta vez no habitado: el selenita... la Luna: «Un pequeño paso para el ser humano, pero un gran salto para la humanidad».

Antes de adentrarnos en el gran salar pregunté al equipo boliviano si preferían honrar el Día de Muertos, y respondieron que ya lo estaban celebrando. No hacía falta acudir a un cementerio para comer, beber, reír y bailar con los suyos. Sentados, de pie o conduciendo sobre aquel tablero poligonal —la costra salina cristalizada—, los difuntos compartían espacio y vivencias con nosotros. Me sentí feliz por ellos, pues era una manera optimista de recordar a los muertos; mejor dicho, les envidié. Mi agnosticismo es incompatible con el hecho de revivir tanto a seres queridos como al puma de San Cristóbal.

Y cuando creímos que el puma, huyendo de la extinción, seguiría haciéndose invisible, la pandemia de la que todos hablaban en China no solo se expandió por el resto de Asia, sino que incluso arribó a Europa, Oceanía y América. Entonces, presionado por la sequía en la cordillera, pero sobre todo a causa del confinamiento humano, el puma reapareció ante nuestros ojos. Varios medios de comunicación locales e internacionales se hicieron eco del hecho. Pumas hambrientos paseaban por las calles de Santiago de Chile. Las mismas avenidas y callejuelas que, no hacía mucho, como en otras localidades de Chile y Bolivia, eran terreno de manifestantes y policías antidistur-

bios: lo habíamos visto en noviembre de 2019, a poco de oír hablar del SARS-CoV-2, cuando estuvimos allí camino de una nueva expedición hacia el territorio del puma. Un mundo terrenal agitado en todos los sentidos y que, al menos aparentemente, tuvo que aparcar sus conflictos políticos, económicos y sociales para afrontar un inesperado encuentro con la pandemia de la COVID-19... y el reencuentro con el puma.

A la vez que el confinamiento humano se traducían en un atisbo de libertad para el puma, se reenviaban mensajes masivos a millones de personas de todo el planeta. Los memes distribuidos a través de las redes sociales dibujaban animales que, libres, en grupo o mirando a través de nuestras ventanas, se mofaban de las personas que permanecían encerradas en jaulas de cemento.

#### CONFINAMIENTO HUMANO VERSUS LIBERTAD ANIMAL

Rebelión y libertad animal. Sería fácil simplificar estas palabras y reducirlas al hecho de haber recibido la visita del puma, la loba, el oso o la cabra montesa en nuestros hábitats de piedra, cristal, cemento y asfalto. Hablar de rebelión y libertad animal comporta una reflexión que va mucho más allá. Significa replantear nuestra posición biológica en el seno de la naturaleza. Nos habíamos considerado capaces de superar cualquier contratiempo gracias a la tecnología; pensábamos haber dejado muy atrás la amenaza de precedentes y devastadoras pandemias, pero la realidad es que nuestro mundo está en constante evolución y no somos diosas ni dioses, sino una pieza más entre los diferentes peones que forman parte del *Systema Naturae*. En efecto, en el tablero de la vida no existen reinas, reyes, torres, caballos o alfiles; todos somos iguales, y seguimos en liza contra molinos de viento.

El coronavirus nos ha mostrado que, lejos de lidiar con la amenaza de gigantes asteroides desbocados o misiles balísticos intercontinentales, el jaque siempre puede provenir de los más minúsculos virus producto de la evolución. David contra Goliat. Existen y debemos

aceptar esta y todas las demás reglas del juego; el problema es haberlas olvidado o que jamás nos las hayan explicado. Mucho peor sería si, de forma consciente y premeditada, quizá hubiéramos preferido ignorarlas o incluso negar su existencia. Somos entidades naturales y, por más sabios y superiores que nos creamos, nunca hemos estado alineados en una división diferente a la que aglutina al resto de los seres vivos. Un montón de jugadores en liza donde uno de los árbitros es la selección natural.

Por lo tanto, la sorpresa y estupefacción con la que acogimos el desembarco del SARS-CoV-2 es, en buena parte, resultado de la vanidad propia del ser humano. Una vanidad que nos alejó de la evidencia científica para, en una esfera más filosófica y tecnocrática, seguir situándonos en el centro del universo. Sin duda alguna, la pandemia de la COVID-19 habría de servir —aunque el precio pagado haya sido muy alto e irre recuperable en vidas humanas— para rescatar y revalorar el estudio de la naturaleza desde la objetividad de la ciencia. El *Homo sapiens* no es una criatura direccionada hacia la constante idea de progreso.

En definitiva, el confinamiento humano vivido durante el azote más intenso del coronavirus, no debe quedarse circunscrito a la visión de las hierbas brotando con rebeldía entre el asfalto, ni a la de los pájaros, reptiles y mamíferos vagando libremente por ciudades y pueblos vacíos, sino en otra metáfora muy distinta: la de la rebelión y libertad de la vida en su globalidad... incluida la microscópica y la nuestra. Somos vida y estamos sometidos a las leyes de la naturaleza. Solo bajo esta premisa podremos afrontar y prevenir las dificultades que puedan afectar a una especie, para nada, elegida... y muchos menos divina.